

Arte, amor y todo lo demás

Decadentismo burgués, que diría Trotski. Son unos versos tan decadentes, los de esta cuarteta, que parecen de Maiakowski. Pasémosles por alto. La cosa dice finalmente: «Y si le encuentras, marinero, dile que yo sufro por él». Tampoco es cierto. Una mujer que sangra lentamente de mostrador en mostrador, lo que necesita es un tampax. En cuanto a pegarle al aguardiente, parece mentira que sea española y no tome anís del mono o quina de Santa Catalina, que es medicina y es golosina. «Y si le encuentras, marinero, etc.». ¿Y cómo va a encontrarle, con el cerco internacional? Esta tía no tenía idea del momento histórico. Debía ser una ninfónama. Le gustan los marineros más que a un poeta lírico del 27.

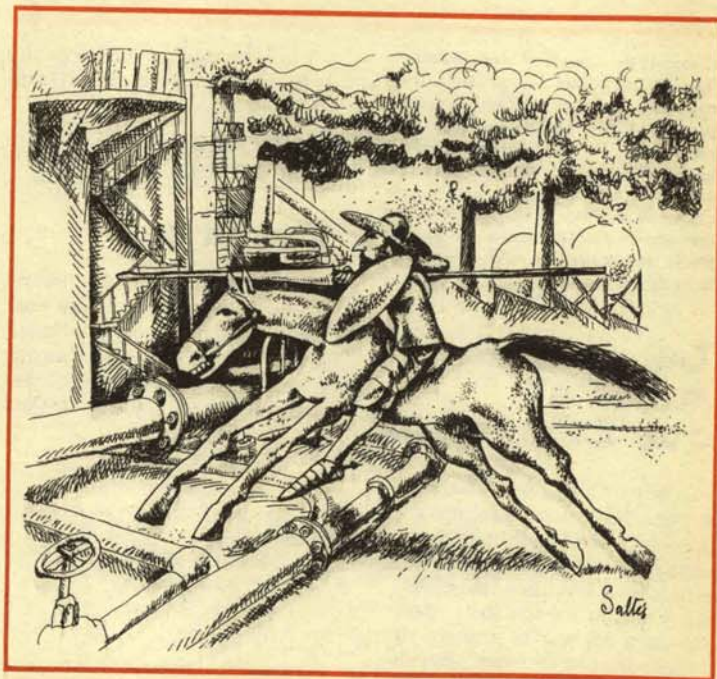
«Tatuaje» es la Quinta Sinfonía de los felices cuarenta, la mayor obra lírica de la época, pero no asume sus contradicciones internas, que es lo que le pasa al arte burgués, desde Beethoven a la Piquer. A mí lo que me gusta, por recio y viril, es «Montañas nevadas». ■ UMBRAL.

Platerito, boca a boca

Hasta que no se compran una finca y una ganadería y se arremojan con una francesa, los revolucionarios del toreo dana malísimos ejemplos. De modo que este revistero, por el bien de la fiesta nacional, le desea toda clase de venturas a Juan Martín «Platerito de Cádiz»: una feliz y pronta alternativa, buenos bombones de Núñez, oportunos vitorinos para que Zabala acabe por consagrarlo, un acertado apoderamiento. Y

que se haga rico, y que se compre una finca y una ganadería, y que salga por la televisión francesa, y que unos ingleses escriban un libro sobre él, y que encuentre a la mujer de sus amores, sea italiana o sueca, y se case con ella, ora por lo civil, ora con las bendiciones de nuestra Santa Madre, ora por lo castellano, que es no casándose y juntándose. Pero, por favor, que deje de poner banderillas con la boca. Si Rafael el Gallo hiciese el «sensurround» en el mausoleo de Mariano Benlliure y levantara la cabeza, el puro y el pañuelo blanco de seda se arrepentiría por toda la muerte de haber metido una silla en un ruedo. Aquellas sillas trajeron estos palos.

Colocando los garapullos con la cavidad bucal, que decimos los revisteros cuando escribimos en plan fino, Platerito está dando un malísimo ejemplo al país. Porque todo el sol y parte de la sombra no se fija más que en cómo pone los palos, no dónde ni de qué manera. Yo, que le he visto en su San Fernando natal, puedo decirles que los coloca aliviándose, a toro pasado, con un falso quiebro. Así pone banderillas con la boca Platerito y su señora esposa de usted, a la que presento mis respetos y beso la mano. No es que yo le exija a Platerito que sea Almensilla, ni Paquirri, ni Luis González, ni Luque Gago. Incluso creo que es deber de todo diestro aprender bien a coger los palos, porque así —banderilleando toros que matarán otros— pueden acabar su vida artístico-laboral. Pero, ¡por Cúchares y Pedro Romero!, que aprenda primero a banderillar y después clave los arpones con las fauces, que es otro modo con que los revisteros decimos esto en plan fino cuando ha habido en-



tendimiento con el sobre.

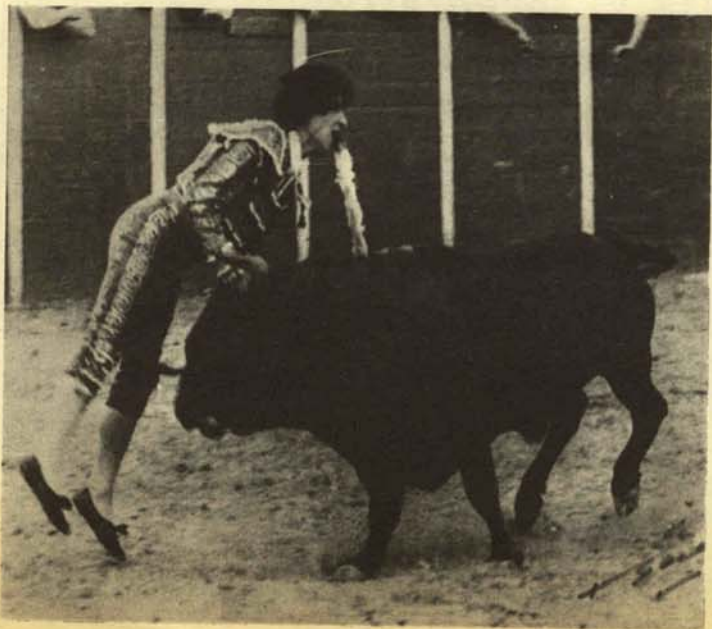
Siguiendo el ejemplo de «Platerito de Cádiz», de un momento a otro en España se pueden empezar a presentar enmiendas a la totalidad con la boca; a comprar telefónicas con la boca; a desentendernos del Sahara con la boca; a contar los parados con la boca; a detener la inflación con la boca; a firmar con la boca el acuerdo con los Estados Unidos; a renovar el Concordato con la boca; a presentar con la boca candidatos a concejales por Reforma Social Española. Y todo el mundo se fijará sólo en lo espectacularmente que dejamos el Sahara, que firmamos con los americanos, que ganan las elecciones municipales los de Unión del Pueblo Español. O sea, más o menos como ahora: a toro pasado. ■ CURRO TALEGUI-LLA.

Marlene a la pata coja

Con el accidente sufrido por Marlene en una de sus piernas (una de las dos más bonitas del mundo), comienza a desmoronarse un imperio. Aún queda otra pierna igual de bonita, pero matemáticamente eso supone medio imperio, nada más. Los mitos se erosionan y se quedan cojos. Por lo menos, los mitos exteriores. De puertas adentro nunca hemos tenido piernas tan famosas como las de Marlene. Ni Carmen de Lirio ni Celia Gámez han podido competir en publicidad con las piernas democráticas de aquel ángel que dejó pronto de ser azul

para convertirse en una legal nostalgia de culturas intransigentes. Para ser nostálgicos hay que cambiar de tiempo; nadie tiene memoria del presente por muy largo que éste sea. Y nuestro presente es de aquel azul que Marlene interpretara cuando el cine todavía ni hablaba. Nuestro cine no ha superado todavía el reducto del melodrama; sigue siendo esquemático, ramplón y de derechas. Las únicas piernas que se han hecho famosas han sido las de Alfredo Landa, acabadas por arriba en unos calzoncillos blancos que no se encuentran en las tiendas, y por abajo en calcetines negros tipo «ejecutivo» que no sólo pueden verse en cualquier escaparate, sino que responden a una recta todavía fresca de nuestra historia cinematográfica y hasta ciudadana.

El contacto de los españoles con las piernas de Marlene fue a través de revistas y fotografías; o de películas que perdían en el viaje su sentido del humor y se hacían serias y melodramáticas... Aquí no se matizaba el sentido de su figura, llegando a confundirse las piernas de Marlene con otras piernas cualesquiera. Lo que en España se miraba sólo eran muslos y caderas. Y en Marlene ni eso siquiera, porque no fue guapa ni exuberante. La Rita Hayworth en «Gilda», sí que estaba buena. Pero Marlene, que sólo tenía piernas y que cantaba todavía en alemán, erotizaba menos. Se nos escapó la transgresión que hacía Marlene de unos valores que para ella (que para ellos, los seres exteriores) habían cambiado de color y de tiempo, porque aquí no se podía entender que se tomara en broma el pan nuestro de cada día.



Algunos incluso pensarán que el accidente de Marlene es como un castigo.

Si Marlene pierde su pierna se cerrará una época. La de la risa y el erotismo sofisticado. A lo mejor ya no hacían falta sus piernas. Quizá ya los seres exteriores no tienen ni necesidad de sonreír por épocas muy pasadas y superadas. Ahora tienen otras cosas que hacer y en qué pensar. Aquí dentro, sin embargo, todavía no nos ha llegado el tiempo de la risa y ni la Gámez ni las que vinieron después han tenido posibilidad para sonreírse de sus mitos; no hay transición ni se pierden las piernas poco a poco. Si algún día se deja el melodrama no habrá quien lo quiera recordar ni para reírse de él. Ese será el destino de un cine que no se ha preocupado en ir moviéndose con los tiempos.

■ DIEGO GALAN.

Luto en las filas del gay madrileño

En este lugar de fábula, en el que se secuestra hasta al gato Fé-

lix, los ahora llamados «gays», por la más avanzada avanzadilla de una Europa decadente (los otros, los no avanzados, desempolvados para hablar de ellos, viejos diccionarios y les llaman «sarasas», «muchachos ahembrados y carinifos», «cacorros» e incluso —en un asombroso alarde de erudición cuartelera— «acaponados y cazoleteros»), pueden, deben y han de estar de luto. Y esto no solamente por las vejaciones de que suelen ser objeto, ni tampoco por el ser reducidos a vivir —o a ligar, que es empezar a vivir— en guetos bien iluminados donde florece una extraña cultura de alienados. No; los «gays» madrileños han de estar de luto, además, por la coincidencia de dos hechos acontecidos en el mundo del espectáculo, de matiz ambos bastante triste.

El primero es el estreno de ese extraño engendro llamado «Los Chicos de la Banda», obra teatral (en todos los sentidos de la palabra) sobre la que no me extenderé, porque el teatro no es lo mío. Me bastará decir que es una de esas mal llamadas comedias —dramas debieran llamarse— concebidas ya en su tiempo,

—hace ya varios años— y en su lugar de origen —la nefanda Europa— para que las damas que han leído a Somerset Maugham se reúnan a tomar el té mientras descansan del peso de sus collares de perlas, y comenten lo mal que lo pasan esos chicos y lo malo que es el complejo de Edipo (fantasma extraño que en muchos hogares ha sustituido al diablo).

El segundo motivo de luto es el de la desaparición, tras algo más de un año en cartel, del «Rocky Horror Show». Esta comedia musical arrevisada —como se decía en el antedicho país de fábula cuando tal género existía y tenía una cierta calidad, hoy felizmente desaparecida gracias a los intentos de los Angeles de la Guarda por suprimir toda chabacanería, inmoralidad e inteligencia en frases y aun en piernas— poseía un innegable valor moral y se situaba en las antípodas de —por ejemplo— «Jesucristo Libertador». Es decir: la salvación no venía de un peinado Jesucristo (que suponemos muy distinto del rabino de Galilea), militante en cualquier organización ultra; nos la traía un curioso individuo llamado Frank-

burguesa, procedente de la galaxia transexual de Transilvania. Su cantactor, Alfonso Nadal, interpretaba el personaje de manera perfecta, y en un estilo años cincuenta —algo entre Frankenstein Junior y Celia Gámez—, se esforzaba —él no, claro, sino su personaje— en liberar a los habitantes de este planeta de toda traba o tabú sexual. Como es lógico —y así acaba la función— su misión se veía condenada al más rotundo fracaso.

Además del valor moral del espectáculo —que no he dudado ni un momento en recomendar a los hijos de todos mis vecinos—, la calidad musical e interpretativa de la obra era excelente: una recreación de la música pop de los cincuenta, de nuestros pelvianos Presleys y nuestras dulces Karinas, se desarrollaba en un escenario donde —también— se parodiaba con amor el cine terrorífico de la «Universal». Los actores fueron siempre excelentes: Rock excelente de Adolfo Rodríguez, surgiendo de una nevera, interpretación delirante de Raquel Ramírez, cantante y actriz maravillosa en este y en cualquier otro

del fichero de un crítico ortodoxo

TEATRO

UNA VISITA INMORAL O LA HIJA DE LOS EMBAJADORES, de Torcuato Luca de Tena.

—El ilustre académico sonríe picaramente en esta veridosa y amable comedia, de gran finura y gallardía. Adulterios y situaciones equívocas son localizadas en la Embajada española ante la Santa Sede, con lo que el vodevil adquiere un sentido trascendente y sutilmente crítico. Autores de esta talla cultural no podían sorprender al público con nimiedades.

BUENAS NOCHES, SABINA, de Víctor Ruiz Iriarte.

—Deliciosa y finísima comedia de enredo que nos devuelve la sabiduría teatral de nuestra postguerra. Los personajes (de hoy) hablan como los de entonces y se plantean como entonces problemas de siempre. Así, volvemos a donde debimos quedarnos: a un teatro nacional donde no se

habla de truculentos problemas de importación.

SENCILLAMENTE UN BURGUES, de Françoise Dorin.

—El enorme talento stanilawskiano de ese gran actor que es Arturo Fernández (gran señor de la escena), al servicio de un vodevil, sí, pero de un vodevil que entre gorgoritos se ríe directamente de las memeces del teatro vanguardista que nadie comprende. El público ríe divertido, entendiendo siempre las complicaciones de la trama, llevándose a casa un moderno sabor de boca.

SALUDOS, de Ionesco.—Inaugurando el II Festival Internacional de Teatro se presentó un exótico grupo yugoslavo que, dando saltos, cabriolas, descendiendo al patio de butacas, intentando hablar en castellano y haciendo en conjunto un espectáculo casi incomprendible, quería transmitir un mensaje de comprensión entre los hombres. Pretenciosa, absurda y circense función que a nadie sirve y que tiene, además, el sospechoso sello de un país so-

cialista. Afortunadamente, sólo actuó un día.

CINE

BARCELONA

MANCHAS DE SANGRE SOBRE UN COCHE NUEVO, de Antonio Mercero.

—Espléndida refundición de «Muerte de un ciclista», pero sin las sospechosas ambiciones bardebianas. Al contrario, un sano ejemplo moral y cristiano para los que, dejándose llevar por el egoísmo, no saben, a tiempo, recoger un herido en la carretera. Las manchas de sangre son sobre la conciencia como desprecie, no sin meditación, el público preparado.

PELHAM, UNO, DOS, TRES, de Joseph Sargent.

—¿Cómo conseguirá la Policía detener a los secuestradores del Metro? Ambiciosa trama que mantiene el hilo expectante del espectador (y de este crítico) hasta que al final, la tranquilidad reina sobre la angustia. Muy logradas las escenas

de humor y no menos las difficilísimas escenas catacumbas del Metro. Un prodigio de entretenimiento y profundidad temática, sin molestar a nadie.

MADRID

MADRES SOLTERAS, de Antonio del Amo.

—El destino de esas víctimas de la corrupción de algunos desalmados se analiza en este filme con emoción. Un jurista depravado deja en cinta a diez inocentes muchachas, que afortunadamente recoge una doctora (también víctima del malvado) que las coloca honestamente en una boite de la Costa Fleming. La película no desprecia el análisis psicológico, y así descubrimos que la señora madre del abogado (Juan Luis Galiardo) fue también una madre soltera.

GALILEO, de Liliana Cavani.

—¿A quién le puede interesar a estas alturas el juicio y condena de Galileo Galilei? La señora Cavani no sólo no se plantea este mínimo pen-



samiento lógico, sino que, además, relata con minuciosidad de detalles dicho juicio, queriendo demostrar, sin duda, cómo se articula el pensamiento de los intransigentes; pero ello no conduce sino al aburrimiento, ya que una película histórica debe siempre tener acción.

ENCUENTRO EN MARRAKECH, de Robert Wise.

—Demostrando que las películas de amor pueden tener también su contenido profundo, aquí seguimos la historia de un desertor del Vietnam, enamorado y feliz (con bellísimos paisajes y puestas de sol) hasta que vuelve arrepentido a entregarse. Dulzura y lección moral se combinan con maestría.